

Allá voy, Cisneritos... He comprado veinticinco varas de alfombra en cuarenta y dos pesos, siete reales, ocho granos; ¿cuánto importa cada vara?

Los medianos repasaban en voz baja el catecismo y la historia sagrada; y Ruiz tenía tiempo de preguntarles, á fin de que no se distrajeran: «Y el que jure algún mal, ¿qué hará?» ó «¿cuántos fueron los profetas?»

Los chicos, entretanto, descifraban á grito pelado, en el salón lejano, las tenebrosidades del libro segundo: *Blas, bien, buey, col, crin, diez.*

Pero aquello acababa pronto, tan pronto como llegaba la visita obligada de las tardes, el padre Cervantes, el padre don Darío, como le llamábamos todos. Los dos amigos se enfrascaban en la conversación, reían á más no poder, fumaban cigarrillos *coleados* y acababan por no hacer caso de nosotros. Entonces, con ese instinto de las muchedumbres, que saben cuándo no tienen rey ni roque, formábamos *aguaceros*, nos manchábamos las caras con tinta, nos echábamos al suelo mediante empujones brutales, empezaba lo de «Señor, mire á Juárez que me está pegando» — «Señor *maistro*, Juanito Antúnez me escondió mi pluma» — «Señor, están echando *caballería.*» — Nos reíamos á voz en cuello y formábamos tales zipizapes, que la gente que pasaba por fuera se decía sin falta: «ya está de visita con el *maistro* el padre don Darío.»

Pero cuando Ruiz salía de su embobamiento y notaba